



# El gobierno urbano en la gubernamentalidad moderna

Alberto Castrillón<sup>1</sup>  
Sandra Milena Cardona Osorio<sup>2</sup>

“La ciudad es un texto cuya lectura resulta difícil por la complejidad de los mensajes, por la polisemia de las partes, por las distintas habilidades y los diferentes códigos de los potenciales lectores. La lectura es difícil porque las imágenes a través de las cuales la ciudad se hace vivir y se comunican resultan, como todas las “grandes imágenes”, complejas e intrincadas. Ellas tienen tanto una historia como una prehistoria; son una mezcla de memoria y leyenda escribe Bachelard”

Giandomenico Amendola, La ciudad postmoderna, p.234.

## Resumen

---

Este artículo busca comprender históricamente los problemas que generan los procesos de espacialización de la vida social contemporánea en relación con la planeación urbana, el gobierno urbano y sus condiciones de posibilidad en el ejercicio de un gobierno liberal y de la producción social de una subjetividad neoliberal. Se hace evidente que, gobernar a través de planes, ha convertido la gestión pública en reali-

---

1. Profesor asociado al Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia sede Medellín.

2. Historiadora, candidata a Magister en Hábitat, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia sede Medellín.

zaciones socio-espaciales que definen el carácter positivo o negativo de una gestión gubernamental, lo cual convierte al espacio urbano en sujeto político-económico con alta visibilidad.

**Palabras clave:** Biopolítica, gobierno urbano, planeación, liberalismo, neoliberalismo, subjetividad.

## Abstract

---

This article aims at a historical understanding of the problems generated by the spatialization processes carried out within social life in contemporary world, related to urban planning, urban government and their conditions for existence in the exercise of a liberal government and the social production of a neoliberal subjectivity. It is evident that to govern by programmed plans, has made of public management a series of socio-spatial realizations that define the positive or negative character of a governmental management, which turns urban space into a political-economical subject highly visible.

**Key words:** Biopolitics, urban government, planning, liberalism, new-liberalism, subjectivity.

## 1. Formación del gobierno urbano en el liberalismo moderno:

---

El mundo premoderno se caracterizó por unas formas de gobierno basadas en el temor producido por la muerte o por la supresión dolorosa de la vida. Los poderes absolutos de las monarquías europeas manifestaban su potestad ejerciendo el derecho de vida y muerte sobre sus súbditos (Foucault, 1993). Las lógicas de poder del antiguo régimen instauraban una especie de miedo generalizado en beneficio de la creación de condiciones de gobierno eficaces. Hacer morir y dejar vivir es la fórmula con la que Foucault caracterizó los ejercicios monárquicos del poder del antiguo régimen (Foucault, 2006). Desde el siglo XVIII, en la modernidad que sucede al antiguo régimen, la valoración de la vida como factor primordial de gobierno coincide con la reorganización del funcionamiento técnico del mundo productivo y con el auge y la promoción

de la vida urbana motivada por las grandes migraciones del campo a la ciudad estas, a su vez, generadas por la nueva dinámica económica que propiciaron las transformaciones en los sistemas productivos. Esta mentalidad de gobierno se caracterizó por la introducción de un principio de limitación interno a la razón gubernamental, denominado por Foucault “Regulación interna de la racionalidad gubernamental”, el cual puede ser resumido en la fórmula ¿Cómo gobernar sin gobernar demasiado?.

Lo importante para nuestra modernidad, es decir, para nuestra actualidad, no es entonces la estatización de la sociedad sino más bien lo que yo llamaría “gubernamentalización” del Estado. Vivimos en la era de la gubernamentalidad, descubierta en el siglo XVIII. Gubernamentalización del Estado que es un fenómeno particularmente retorcido porque, si bien los problemas de la gubernamentalidad y las técnicas de gobierno se convirtieron efectivamente en la única apuesta política y el único espacio real de la lucha y las justas políticas, aquella gubernamentalización fue, no obstante, el fenómeno que permitió la supervivencia del Estado. Y es probable que si éste existe tal como hoy existe, sea gracias, justamente, a esa gubernamentalidad que es a la vez exterior e interior a él, porque son las tácticas de gobierno las que permiten definir en todo momento lo que debe y no debe estar en la órbita del Estado, lo que es público y lo que es privado, lo que es estatal y lo que no lo es. Por lo tanto, el Estado en su supervivencia y el Estado en sus límites sólo deben comprenderse sobre la base de las tácticas generales de la gubernamentalidad. (Foucault, 2006, pp.137)

El instrumento que suscitó esta transformación en la mentalidad de gobierno fue la economía política debido a que, a partir de sus reflexiones sobre los objetivos del Estado y las prácticas de gobierno, puso de manifiesto que había una naturaleza propia en todos los tipos de relaciones en la sociedad, incluyendo la propia práctica gubernamental, la cual debía ser respetada por los gobiernos con el fin de poder lograr lo que deben hacer; razón por la que se contempla como necesario el permitir que dicha naturaleza actúe con la menor cantidad de intervenciones posibles. Tenemos entonces que la economía política abrió las puertas a un nuevo momento en el que la preocupación central giraba en torno a cómo lograr gobernar sin gobernar demasiado, instaurando la cuestión de la autolimitación como principio de verdad y como pilar de las reflexiones concernientes al arte de gobernar. Este principio de autolimitación de la razón gubernamental es lo que se ha dado en llamar “liberalismo”.

¿Qué hay que entender por liberalismo? Para responder a esta pregunta me he apoyado en las reflexiones avanzadas por Paul Veyne sobre los universales históricos y sobre la necesidad de validar un método nominalista en historia. A partir de una serie de opciones de método ya contrastadas he intentado analizar el liberalismo ya no como una teoría o una ideología, y todavía menos, por supuesto, como una manera que tiene la sociedad de representarse a sí misma, sino como una práctica, es decir, como una forma de actuar orientada hacia la consecución de objetivos que, a su vez, se regula a sí misma nutriéndose de una reflexión continuada. El liberalismo pasa así a ser objeto de análisis en cuanto que principio y método de racionalización del ejercicio del gobierno, racionalización que obedece -y en esto consiste su especificidad- a la regla interna de una economía de máximos. Mientras que cualquier racionalización del ejercicio del gobierno tiende a maximizar sus efectos haciendo disminuir lo más posible sus costes (entendiendo el término costes no sólo en un sentido económico, sino también en un sentido político), la racionalización liberal, por el contrario, parte del postulado de que el gobierno (y aquí se trata, por supuesto, no tanto de la institución gobierno, cuanto de la actividad que consiste en regir la conducta de los hombres en el marco del Estado y con instrumentos estatales) no tendría que ser para sí mismo su propio fin. El gobierno liberal no tendría en sí mismo su propio fin, aunque sea en las mejores condiciones posibles, ni tampoco la maximización de la acción del gobierno debe convertirse en su principio regulador. En este sentido el liberalismo rompe con esa Razón de Estado que, desde finales del siglo XV, había buscado en la existencia y el refuerzo del Estado la finalidad susceptible de justificar una gubernamentalidad creciente y de regular su desarrollo. (Foucault, 2007, pp.359-360)

En este contexto liberal, la modernidad política constituye un aparato de gobierno representativo que se legitima a través del sufragio universal. En los primeros años del siglo XIX, el derecho al voto solamente era concedido a quienes tenían títulos de propiedad, luego se fue extendiendo a ese conjunto general de la población denominado "el pueblo", que es quien otorga soberanía política a los mandatarios. Sin embargo, el problema de la soberanía es más complejo en tanto que no es solo aquello que se obtiene en las urnas a través de la votación popular sino que la soberanía también tiene que ver con el respeto de la regulación generalizada y con el mantenimiento de la seguridad en el territorio del Estado para el conjunto de la población.

Para resumir todo esto, digamos que, así como la soberanía capitaliza un territorio y plantea el gran problema de la sede del gobierno, y así como la disciplina archi-

tectura un espacio y se plantea como problema esencial una distribución jerárquica y funcional de los elementos, la seguridad tratará de acondicionar un medio en función de acontecimientos o de series de acontecimientos o elementos posibles, series que será preciso regularizar en un marco polivalente y transformable. El espacio propio de la seguridad remite entonces a una serie de acontecimientos posibles, remite a lo temporal y lo aleatorio, una temporalidad y una aleatoriedad que habrá que inscribir en un espacio dado. El espacio en el cual se despliegan series de elementos aleatorios es, me parece, más o menos lo que llamamos un medio. (Foucault, 2006, pp.40)

La soberanía se adquiere del pueblo pero se le devuelve a éste a través del arte de gobernar. La representación política implica la conformación de cuerpos colegiados de gobierno y de cargos públicos cuya visibilidad posibilite los diferentes ejercicios del poder ejecutivo, legislativo o judicial. La división de poderes no implica un funcionamiento no jerárquico del aparato de gobierno, es decir, también en el ámbito de lo público y de la representación política es válido referirse al funcionamiento de la subordinación. Los poderes políticos no funcionan en un mismo plano de ejecución sino subordinados a instancias superiores. La autoridad en términos biopolíticos también tiene lugares de funcionamiento donde es posible ejercer más poder que en otros. Además, muchas instituciones paraestatales, en algunos casos, tienen posibilidades de ejercer poder sobre el ciudadano más que las propias instituciones del Estado, es por esto que el poder biopolítico es un poder microfísico no sólo de índole estatal y, recorre al conjunto de la población, pero no como grupo homogéneo sino como conjuntos sociales segmentados. Regulación, representatividad, normalización y segmentación son conceptos que permiten entender el carácter del funcionamiento del poder biopolítico moderno. El dispositivo biopolítico de gobierno urbano-estatal también está asociado a la medicalización de la vida pública y privada a través de prácticas particulares de higiene individual y prácticas públicas de sanidad social.

En primer lugar, abrir ejes que atravesaran la ciudad y calles lo bastante amplias para cumplir cuatro funciones: ante todo la higiene, la ventilación, despejar toda esa suerte de bolsones donde se acumulaban los miasmas mórbidos en barrios demasiado estrechos y de viviendas amontonadas. Función higiénica, por lo tanto. Segundo, garantizar el comercio interior de la ciudad. Tercero, articular esa red de calles con las rutas externas, a fin de que las mercancías del exterior pudiesen llegar o ser expedidas, pero sin abandonar las necesidades del control aduanero. Y por último -éste era uno de los problemas importantes en las ciudades del siglo XVIII -,

permitir la vigilancia, desde que la eliminación de las murallas, indispensable en virtud del desarrollo económico, hacía imposible cerrar las ciudades a la noche o fiscalizar con exactitud las idas y venidas durante el día, razón por la cual la inseguridad urbana se incrementaba debido a la afluencia de todas las poblaciones flotantes, mendigos, vagabundos, delincuentes, criminales, ladrones, asesinos, etc., que, como todo el mundo sabe, podían proceder del campo [...]. En otras palabras, se trataba de organizar la circulación, suprimir sus aspectos peligrosos, distinguir entre la buena y la mala circulación, maximizar la primera y reducir la segunda. (Foucault 2006, pp.37-38)

La higiene de los espacios, de los ambientes, de los cuerpos también es condición de posibilidad del funcionamiento biopolítico de las prácticas de gobierno modernas, ya que higienizar el espacio urbano es garantizar una economía de la salud que es punto de partida de una fuerza de trabajo sana con potencialidades económicas inscritas en estas fortalezas de los gobiernos modernos. Otro elemento, al mismo tiempo demográfico y espacial acompañará la organización biopolítica del gobierno urbano. Hacemos referencia al desarrollo urbano que se caracterizó por la constitución de una relación diferencial entre centro y periferia. En el centro se ubican los lugares de gobierno, del poder eclesiástico y de intensa actividad económica. En la periferia habitan las poblaciones burguesas, obreras y una clase media que cada vez forma el sustrato social más importante desde el punto de vista demográfico. El mundo urbano moderno y contemporáneo va a caracterizarse por su inscripción dentro de planes de desarrollo económico y de políticas de gobierno que favorezcan tanto el enriquecimiento como el empoderamiento de unas élites políticas que en muchos lugares van a controlar casi dinásticamente tanto el funcionamiento del poder económico como el poder político. Las orientaciones del desarrollo urbano no son orientaciones socioespaciales de cualquier índole sino que obedecen a patrones de subordinación social según los cuales las élites políticas y económicas definen los lugares urbanos de alto desarrollo y de alto valor económico y, en los otros lugares no valorizados de esta misma manera, viven las clases sociales subordinadas; el problema de la subordinación en el funcionamiento biopolítico no conduce a la exclusión sino a la integración según unos parámetros de control y de disciplinamiento social a los cuales deben someterse los grupos sociales subordinados. La subordinación biopolítica puede inclusive estar enmascarada dentro de políticas de bienestar o dentro de las estrategias sociales del llamado Estado benefactor. La urbe moderna facilita la inclusión de los grupos humanos en segmentos sociales diferenciados a los cuales van dirigidas unas prácti-

cas de gobierno microfísicas, es decir, la biopolítica no se ejerce solamente desde los lugares centrales del Estado sino también desde la segmentación y la fragmentación de grupos sociales heterogéneos, Vg. políticas étnicas, políticas de protección a la infancia, consideraciones especiales respecto a poblaciones sociales de desplazados, políticas para la tercera edad, políticas para la educación pública, entre otras, todas ellas promovidas desde la planeación urbana y el gobierno urbano. Las prácticas de subordinación, funcionando de esta manera segmentada, se hacen aparentemente invisibles ya que no permiten visualizar fácilmente los lugares de funcionamiento del poder porque éste está agenciado por promotores culturales, por sujetos sociales tales como maestros, recreacionistas, personeros municipales u otro tipo de sujetos sociales que, ubicándose en la segmentación, al mismo tiempo que estimulan la actividad social de los grupos, establecen mecanismos de vigilancia del funcionamiento de dicho grupos. Lo biopolítico es polimorfo, fragmentado, microfísico y está enmascarado en lugares y en sujetos sociales que en muchos casos promueven la subordinación sin darse cuenta de ello. El comportamiento subordinado no es sólo un comportamiento obediente sino que es sobretodo un comportamiento no crítico, no propositivo, con respecto a la situación que lo hace posible. La subordinación es estratégica, las formas de resistencia a ella son tácticas que perciben la metamorfosis permanente de las prácticas de gobierno que legitiman la subordinación. Gobernar en términos biopolíticos la ciudad moderna y la urbe contemporánea no es hacer visible una sola máscara del poder sino ser proclive a las mutaciones y a las delegaciones que posibilitan el ejercicio del poder multiplicado en todos los segmentos sociales. De otro lado, el ejercicio de gobierno biopolítico en sentido urbano utiliza para su gestión positiva de la vida las producciones del saber médico, del saber jurídico, de la economía y de los saberes técnico-ingenieriles para producir situaciones de control del espacio, de la producción y de la salud eficaces para los intereses del gobierno de la ciudad y la urbe (Castro Gómez, 2009). Es decir, la medicalización de la población, la circulación del dinero y de las mercancías y los avances tecnocientíficos están articulados con formas de producción y consumo; y, la dependencia adictiva al consumo en espacialidades específicas, que se gestan históricamente, hace o produce sujetos dóciles fáciles de gobernar. Pero el problema fundamental del funcionamiento biopolítico del gobierno urbano tiene que ver con un manejo teleológico del tiempo social y un manejo acelerado del tiempo individual, de tal forma que, frente al progreso, al desarrollo y a la rutina diaria somos de hecho sujetos sociales subordinados:

El territorio de la ciudad multiplicada se configura como un contenedor temporal a la vez que espacial. Es decir, un soporte de múltiples temporalidades en función de los diferentes usos temporales que la población hace del mismo. Esta coexistencia sobre el territorio de diversas temporalidades muestra, en última instancia, como el tiempo, o más concretamente su uso, es un recurso distribuido de manera desigual. Es decir, la pregunta “¿cuál es el tiempo del territorio?” puede contestarse en abstracto como hemos visto en un apartado anterior hablando del tiempo histórico de los lugares o del tiempo real de las redes pero, si se piensa en las personas que habitan ese territorio, hay que dejar en claro que existe un uso diferencial no sólo del espacio sino también del tiempo”. (Muñoz, 2008, pp.44)

Es decir, todos debemos inscribirnos en el horizonte común del desarrollo manejando agendas de vida dominadas por la productividad y la competitividad. “Vivir para producir y producir siempre más rápido con el fin de obtener mayores beneficios, pareciera ser entonces la consigna del capital, lo cual se traduce en el popular dicho «el tiempo es dinero»”. (Castro Gómez, 2009, 13).

Otro elemento fundamental de la biopolítica en el gobierno del mundo urbano es el manejo del ocio, considerado en términos generales como el denominado tiempo libre, el cual participa de las segmentaciones sociales que ya hemos evocado. Dicho de otro modo, el tiempo libre forma parte de una fragmentación de la vida humana en la cual la subordinación funciona de manera distinta a la del tiempo productivo: la programación de las vacaciones, de los fines de semana, del ocio sexual no reproductivo obedecen ora a las lógicas del entretenimiento masivo ora a las formas de escape clandestino las cuales están enmarcadas dentro de lo que hoy denominamos turismo urbano moderno. Esa liberación de escape también esta programada en la sociedad del espectáculo y del entretenimiento moderno y contemporáneo y la biopolítica también las gestiona. De otra parte, el consumo moderno articula la relación objeto-imagen-sujeto para propiciar aún más la segmentación social. Una cultura de consumo contemporánea hace referencia entonces a un mundo urbano heterogéneo en el cual unas nuevas identidades socio-económicas, políticas, urbanas y afectivas son posibles en tanto consumo de determinados objetos. La apropiación objetual condensa la singularidad subjetiva, es decir, cada quien elabora una subjetividad propia en función de lo que consume (Baudrillard, 2009).

## 2. Subjetividades productiva y consumista en las discontinuidades del gobierno urbano:

---

Desde el final de la segunda guerra mundial el declive en las orientaciones de las políticas progresistas descalificó la flecha del historicismo moderno, objetivo y lineal, según el cual considerábamos el impulso inagotable del tiempo como fundamento de la acción civilizadora de Occidente. Con Hiroshima y Nagasaki aprendimos cruelmente que el progreso técnico no está necesariamente asociado a bienestar humano sino también a muerte, intimidación y desolación<sup>3</sup>. La promesa moderna, reforzada en la época clásica y en la ilustración, de un mejoramiento incesante de las condiciones humanas de vida a través de las conquistas de una razón dominadora, no tiene actualmente vigencia. La razón de las luces y las luces de la razón, el progreso industrial, la extensión colonizadora de los imaginarios europeos son hoy en día severamente criticados. La reivindicación de grupos humanos con coeficientes de existencia propios, es decir, no sumisos a los valores morales, culturales y políticos occidentales es cada día más fuerte. Sin embargo, a pesar de tantas críticas, independencias y procesos de resistencia, la complejidad del proceso de modernización Occidental en relación a la configuración de la vida social en espacios urbanos dominantes, continúa siendo expansiva. Es decir, si bien la flecha del tiempo progresista no orienta nuestros modos de ser contemporáneos, el espacio citadino en el cual esa flecha nació tiene una vigencia inusitada. Las lógicas del tiempo están sumergidas y son sucedáneas de los estratos espaciales. Las superficies urbanas del planeta indican los usos y las funciones de las zonas no urbanizadas. Todos somos tributarios de lo urbano. La Urbs, territorio de sujetos móviles y políticas cambiantes y no la polis idealizada de lo estable, determina la producción de subjetividades contemporáneas (Delgado, 2007). Ciudad maldita y contaminadora; ciudad de consumos y placeres; ciudad educadora; ciudad de trancones y tiempo perdido; ciudad de miserias y de robos; ciudad de transportes y de parques; ciudad verde y ecológica; la telépolis y sus mediaciones. Las máscaras múltiples de la ciudad la fabrican como territorio activo de la desterritorialización y la reterritorialización subjetiva contemporánea. Representar la ciudad sin las presencias móviles de los sujetos que la territorializan desterritorializándose constantemente es una farsa. La ciudad obediente, sumisa y ordenada es cada segundo modificada por

---

3. Michel Serres, ha dedicado parte de su obra filosófica a demostrar y mostrar el paso que hemos dado en el mundo contemporáneo al considerar como motor de la civilización a Hermes (la comunicación y el intercambio) y no a Prometeo (el fuego, la conquista y la dominación).

la verdadera ciudad móvil, accidentada, ruidosa, engañosa y contaminada. Las urbes son heterogéneas e impredecibles, son espacios habitados por diferentes territorios ciudadanos que viven de forma segmentada los distintos rincones de la ciudad. Las calles, las carreteras, los cables, el metro, los aeropuertos coordinan la extensión de las transmisiones y la expansión desmesurada del espacio urbano hasta la saturación planetaria. Las ciudades adquieren una inercia propia de expansión. Devoran los territorios vecinos y los transforman acomodándolos a sus múltiples lógicas y formas. Las políticas no planean los procesos de expansión pero sí los de intensificación del territorio. Dicho de otra manera, la extensión ya no es expansiva sino intensiva. La modificación de las dimensiones de la urbe se realiza en sus tradicionales enclaves y no en la lejana periferia. La participación de imágenes, pantallas, dispositivos publicitarios también actúan en beneficio de estos ordenamientos intensivos contemporáneos.

Ahora bien, si en la ciudad moderna el emblema de la arquitectura disciplinaria es el panóptico carcelario de Bentham no todos los dispositivos disciplinarios tienen la estructura panoptical. Para Walter Benjamín, por ejemplo, los espacios de las mercancías desde el siglo XIX, han sido creados como inmensos laberintos, donde el transeúnte puede perderse en medio de las seductoras imágenes que, a su vez, tienen el poder de disciplinar las masas. Los pasajes decimonónicos, los cuales se constituyen como el primer estilo arquitectónico internacional y, por tanto, un espacio vivido por toda una generación alrededor del mundo, se convirtieron en los escenarios de la "inconsciencia del sueño colectivo". La subjetividad producida y las dinámicas sociales constituidas a través de la espacialidad de los pasajes permitió a Benjamin hacer una crítica a la visión mítica de la historia y a las promesas modernas; donde la fe puesta en el destino absoluto, ya sea a manos de lo divino o del progreso, aislaban al hombre de cualquier posibilidad de intervención y de cambio. Para el filósofo, estos espacios decimonónicos del consumo no solo son obra del hombre sino que se convirtieron en los productores espaciales de la vida humana moderna a través de la incorporación de ritmos y prácticas asociadas a la idea de progreso; la misma sobre la que se instauraba el zócalo de las disciplinas.

Las "primeras" utopías del progreso tuvieron su nicho "natural" en los pasajes, los cuales, al igual que los grandes centros comerciales contemporáneos, desdibujaban lo privado en la imagen de lo público. Por otra parte, las grandes exposiciones universales aparecen como los inicios de la "industria del placer", el comienzo de una cultura hedonista amparada en las visibilidades y el espectáculo, que "preparó a las masas para la publicidad". La exhibición de mercancías y monumentos y los espec-

táculos tuvieron como principal función la ilusión y los efectos fantasmagóricos en la población, que podían propiciar procesos de regulación, normalización y control. En esta medida, y aunque Benjamin estaría lejos de nominarlo así, podrían pensarse estos dispositivos en una suerte de engranaje biopolítico, en el sentido foucaultiano del termino.

Al igual que la fantasmagoría de la mercancía también una fantasmagoría de la política tuvo su fuente en las exposiciones internacionales, donde industria y tecnología eran presentadas como poderes míticos capaces de producir por sí mismos un mundo futuro de paz, armonía de clases y abundancia. El mensaje de las exhibiciones internacionales era la promesa de progreso social para las masas, sin revolución (Buck-Morss, 2001, pp.103).

El urbanismo, personificado en la figura y las medidas implementadas en París por el barón de Haussmann, para Benjamín también hacia parte de esas fantasmagorías modernas, donde lo pretendido era dar la ilusión, no sólo de progreso sino de una ciudad que podía superar las diferencias sociales a través de la reorganización espacial: ampliación de calles y destrucción de barrios deprimidos fueron los principales blancos de acción. La ilusión de coherencia urbana, de progreso incesante y de igualdad social tenían de fondo una centralización imperial que permitiera, por una parte, tener un control sobre posibles levantamientos revolucionarios y, por otra, incrementar “las arcas de los capitalistas con fondos públicos”. “El “embellecimiento estratégico” de Haussmann es la ur-forma de la cultura del estatismo moderno” (Buck-Morss, 2001, pp.107). En síntesis, para Benjamín todos esos grandes escenarios y procesos modernos solo ayudaban a deificar eso que para él se había convertido en la religión moderna: el Progreso.

El principal papel de las fantasmagorías de la moda, las mercancías, la política, la industria, las exposiciones y el urbanismo era darle fuerza a la fantasmagoría del progreso y, por tanto, al disciplinamiento de los sujetos. La “constelación semántica” del progreso solo podía construirse a partir de una metaforización creada con la velocidad “la abundancia, el exceso, el tamaño monumental y la expansión”. Aun así, proporciones cada vez más ambiciosas y, por tanto, espacialidades cada vez más monumentales terminarían por desdibujar los grados de efectividad de los pasajes: “estas “grutas encantadas” de antaño, que habían sembrado la fantasmagoría, se eclipsaron: su estrechez parecía sofocante; sus perspectivas, claustrofóbicas, su luz de gas demasiado oscura” (Buck-Morss, 2001, pp. 109).

De esta forma la modernidad de los pasajes comienza a agotarse y la contemporaneidad de los shopping mall a emerger; y aunque la producción en masa de los últimos termina superando los bienes suntuosos de los primeros, hubo algo que persistiría hasta nuestro días: las distribuciones espaciales que permiten una racionalización de los recorridos, las miradas, los comportamientos y los sujetos. Si bien las disciplinas modernas suponían, como finalidad, producir cuerpos útiles y dóciles para aumentar la fuerza económica de los sujetos, al mismo tiempo que reducía su fuerza política, a través de los espacios, de su distribución y de la regulación del tiempo. La finalidad del ordenamiento espacial contemporáneo ya no tiene como prioridad la formación de cuerpos fuertes para el trabajo, aunque si sobrevive la voluntad de producir sujetos y prácticas a través de la distribución espacial y temporal. Es decir, la transformación de las disciplinas se da en relación al tipo de subjetividades que se pretenden producir mas no en las tácticas para producirlas, aunque las tecnologías varíen<sup>4</sup>.

En este sentido, el paso de una subjetividad productiva a una subjetividad consumista se articula con el paso de la ciudad industrial, en tanto ciudad fundada en las lógicas de centralidad espacial, simbólica y cultural a la ciudad fragmentada o collage. Para algunos este cambio denota la emergencia de una ciudad débil, para otros el surgimiento de una ciudad que impulsa las posibilidades y experiencias urbanas. No obstante, entre una y otra concepción lo que surge es una ciudad cargada de diferencias espaciales, políticas, económicas, culturales, sociales y simbólicas. "Fracturas y diferencias ya no constituyen una patología, una pausa o una excepción" (Amendola, 2000, 73).

Sin embargo, la fragmentación urbana no implica una novedad de la contemporaneidad pero si una transformación de patrones y significados; es decir, la proliferación de los procesos de suburbanización actuales no se caracterizan ya por un acopio de fragmentos sino por el aislamiento de ellos, justamente lo que se ha denominado como "archipiélagos". Estos son entornos urbanos que han constituido formas de funcionamiento social, político y económico propios y que tienen formas de existencia urbana autónoma. Podría decirse entonces, que en el marco de la fragmentación urbana contemporánea, cada trozo urbano tiene formas diferenciadas de disciplinamiento de los cuerpos y de gobierno de los sujetos y los espacios y respuestas socioespaciales a estos fenómenos. Nace entonces una ciudad que rompe con la unidireccionalidad del poder y en donde se reconocen espacialidades por la disparidad de su ejercicio.

---

4. En este punto podría hacerse una crítica a la tesis de Gilles Deleuze sobre el paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control, en la medida en que sus argumentos se basan en la evolución tecnológica.

Muchos estudiosos<sup>5</sup> han propuesto que con la crisis económica y política mundial de la década de los 60's, el neo-liberalismo se instaló en las grandes ciudades norteamericanas, europeas y latinoamericanas. Con este, el dominio del gobierno de la vida urbana por parte del Estado comenzó a tambalear; lo que posteriormente se reproduciría en las ciudades a escala global. El auge de las nuevas "ciudades-estado"<sup>6</sup> y de los nuevos procesos capitalistas daría un impulso inusitado de controles sociales y espaciales que implicarían nuevos desarrollos "de la privatización, el control policial, la vigilancia, el gobierno y el diseño del entorno urbano y la geografía política del espacio urbano" (Soja, 2008, 420).

Tanto para Mike Davis como para Edward Soja y otros, el "viejo liberalismo" y sus formas de regulación y control ya no podían tener vigencia, ni en discursos ni en prácticas, en la ciudad contemporánea. En su lugar, la nueva cultura postliberal, postfordista o neoliberal, comienza a romper con el pacto social y a clausurar la idea progresista de la modernidad a través de lo que Davis entendió como el paso de las políticas de bienestar social a las "retóricas de la guerra social".

Los fragmentos de la ciudad se sostienen como tales al hacer de la accesibilidad a estos un potente criterio de selección y discriminación, donde los shopping mall ejercen el principal poder de clasificación. Para Amendola, por ejemplo, la ciudad se ha estratificado de forma vertiginosa en las últimas décadas; para él, la residencia en la ciudad pertenece a los vértices opuestos de la escala social: el "amortiguador" de la clase media ha ido desapareciendo y la nueva y exacerbada polarización social y espacial de la ciudad ha tornado cada vez más decisiva la problemática de las relaciones entre los fragmentos y sus gentes; el paisaje urbano mismo ha ido cambiando al dividirse entre zonas seguras e inseguras, lugares con resguardo y lugares desprotegidos, y se ha plagado de dispositivos, guardias privados y carteles de sitio vigilado que recuerdan a quien los observa que en el entorno acecha una amenaza.

Sin embargo, el mismo autor propone que la condición necesaria de existencia de la ciudad contemporánea la constituye el hecho de que promueve la desigualdad como la conciencia de ésta; no sólo para crear consumos diferenciados sino para configurar entornos urbanos restringidos e impenetrables para los otros. Así, quienes estén

5. Los autores representativos de esta problemática son: Davis, Mike (*Ciudad de cuarzo y La ecología del miedo*); Flusty, Steven (*Building Paranoia*); Herbert, Steve (*Policing Space*); Caldeira, Teresa (*Ciudad de muros*); Blomley, Nicholas (*Law, space and the geographies*); Newman, Oscar (*Defensible space*).

6. Las indagaciones entorno a la reinención de las ciudades-estado contemporáneas reposan en la idea no sólo del declive político y simbólico de los Estados – nación sino en el fortalecimiento económico de las ciudades, en la autonomía económica y política de éstas y en el hecho de que la mayoría de relaciones de cualquier orden se produce más entre ciudades que entre países.

excluidos de las grandes fortalezas representan un peligro para la propia existencia de las fortalezas como para sus habitantes. De este modo, el miedo se convierte en la otra cara de la ciudad. “La ciudad es objeto y deseo de repulsión en tanto puede ser simultáneamente percibida como área segura o de riesgo” (Amendola, 2000, 313).

### **3. Gobernar fomentando la desigualdad y la inequidad:**

---

Así, la urbe contemporánea la componen espacios heterógeneos de formas de vida social que no tienden a conformar una totalidad o que no se pueden sumar para constituir un conjunto coherente. La urbes contemporáneas son dispares, heteróclitas, complejas y diversas (García Vázquez, 2004). Para nosotros urbe postmetropolitana es sinónimo de diversidad irreductible: “La experiencia urbana ha perdido su carácter tradicional de proceso dotado de fin, reductible a un modelo de racionalidad fuerte para convertirse en discontinua, fragmentaria, episódica e incoherente” (Amendola, 2000, p. 97).

En la discursividad misma de la planeación contemporánea ya existe como materialidad discursiva la urbe postmetropolitana. Esta presente ahí, en las políticas urbanas de gentrificación, en los planes de recuperación y de segmentación. Estas formas de planear la intervención sobre la postmetrópolis ya conlleva una comprensión de lo urbano. En las últimas décadas, en muchas ciudades del planeta, hemos presenciado el paso de una planeación urbana ocupada principalmente de la vivienda, la movilidad, la idoneidad de los espacios públicos y comerciales hacia una consideración de la gestión urbanística en términos de proyecto y diseño. Este paso genera un nuevo tipo de intervención político-espacial y tecnológica que puede considerarse como simple maquillaje insulso que oculta los verdaderos problemas urbanos y sociales de una metrópoli (Soja, 1996), en la medida en que se extiende el rediseño espacial a todos los escenarios urbanos de una ciudad. Las zonas pobres, los territorios deprimidos, los barrios populares también son incluidos en este nuevo paisajismo urbanita que propone sitios con diseño contemporáneo y con nuevas comodidades. Ciudad simulacro o simulada; mimesis que genera conformismo y pasividad; hoy en día, estás prácticas gubernamentales y privadas de gestión urbana se intensifican y forman parte de lo que Francesc Muñoz denomina la urbanalización (Muñoz, 2010). La estetización de los espacios urbanos, privados y públicos, busca estimular la experiencia cotidiana de la vida postmetropolitana dando una impresión de ciudad democrática y civilizada. El lugar urbano contemporáneo que intensifica esos procesos de estetización es

el centro comercial o el mall<sup>7</sup>, que procede del inusitado crecimiento urbano que se produce después de finales de los años 60, debido al aumento de la migración de la población rural hacia la ciudad, al incremento de la actividad laboral de las mujeres en las empresas, al crecimiento de los ingresos familiares, a la adquisición de vehículos automotores y de electrodomésticos, todo lo cual está favoreciendo el desarrollo y el surgimiento de espacios urbanos hiperestetizados de consumo frenético y masivo. Estas nuevas modalidades de comercialización de productos que se concretan en estos nuevos espacios de consumo han venido transformando no sólo la actitud frente al consumo sino todo el imaginario urbano postmetropolitano, ya que devienen hitos urbanos que producen espacialidades que, hoy en día, se configuran como intensas en producción de dinámicas sociales. Nuevas catedrales urbanas<sup>8</sup>, inmensos polos de atracción simbólica donde se sintetizan los fenómenos más contemporáneos y también los más históricos de la vida urbana. Las vitrinas de los almacenes, las exhibiciones de obras de arte, de carros antiguos, de bonsais, de animales raros, curiosos o prehistóricos; la misa dominical, los aeróbicos, los espectáculos de payasos, los shows musicales, las fuentes con torres de agua, las burbujas intermedias, los inmensos par-

7. Los centros comerciales son, siguiendo a Luis Fernando González Escobar (2010), “un simulacro de espacio público”, el cual ha generado problemas en la conformación urbana de las ciudades ya que al ser un modelo traído de los Estados Unidos y al no estar Colombia al mismo nivel del país Norteamericano, los resultados no van a ser iguales. Diseñados para ser una especie de isla comercial donde el comercio se mueva sin importar las condiciones climáticas (pág. 123), ubicado a las afueras de la ciudad y conectado a ésta a través de las vías y el automóvil. De acuerdo con el autor, generalmente estos proyectos no se integran bien al entorno urbano, aun así, en el libro, se alaban dos proyectos por la forma en que lograron adaptarse al espacio y condiciones circundantes, éstos son: el Centro Comercial Belalcázar, en Pasto; y el New Point Plaza, en San Andrés; en esa línea, se destacan también aquellos que reutilizan estructuras antiguas, como Villanueva, en Medellín; por otro lado, se hacen importantes aquellos que no están diseñados solamente como negocio sino también como emuladores del espacio público. Continuando con esta lógica, González, afirma que los centros comerciales se han vuelto el referente de la ciudadanía, como tiempo atrás lo hacían las catedrales; más adelante, expone que los centros comerciales son calificados de “contenedores”, al ser espacios ni públicos, ni privados, donde se dan intercambios y se distribuyen los dones de la sociedad; en este nivel está también los museos, parques temáticos y teatros (pág.133). Los centros comerciales, según el texto, hacen parte de la transformación urbana y son un referente para las ciudades, pero no son un verdadero espacio público y transforman al ciudadano en un mero consumidor (pág. 136).

8. Giandomenico Amendola, (1999, pp.200) Dispositivo Catedralicio: la arquitectura como máquina de hacer ver, hacer hablar y hacer actuar pone en movimiento el mundo de las pulsiones y las deseabilidades. “La dirección de las miradas, tema que nosotros encontramos en lo que llamamos el “dispositivo catedralicio”, es también un elemento constitutivo de las organizaciones espaciales, y la ejemplificación está en espacios contemporáneos específicos”; la eficacia simbólica que en el medioevo tenían las catedrales góticas es remplazada por los centros comerciales de la ciudad postmoderna -esto es una comparación directa y no se precisan especificidades históricas, condiciones de posibilidad y discontinuidades.

queaderos, los sitios de encuentro, las zonas de comidas, los restaurantes de manteles, las salas de cine, los happy city y divers city, las peluquerías, las perfumerías, las zonas de venta de vehículos, de pólizas de seguros, los bancos, las agencias de viaje, las librerías, las escuelas de música, es decir, la diversidad urbana agrupada en un efecto de síntesis cargado con una fuerza simbólica nueva y avasalladora que actualiza las formas de gobierno urbano biopolítico ejecutado por el sector privado en condiciones microfísicas muy bien definidas. Todos estos dispositivos están reunidos bajo el significativo centro comercial que agrupa uno o varios edificios asociados, planeados y administrados como una unidad operativa destinados a lograr un mayor consumo por parte de los visitantes y una gran ganancia parte de los dueños del lugar. Estas nuevas espacialidades urbanas tienen un impacto decisivo en la resignificación actual de la postmetrópolis ya no como emporio industrial sino como ciudad de servicios. Las fuerzas reterritorializadoras provenientes de las estéticas de las nuevas prácticas de consumo y del gobierno microfísico que funcionan en las nuevas catedrales urbanas pareciera que comienzan a debilitar las formas clásicas e históricas de territorialización de sentido de los gobiernos liberales modernos creando un territorio inédito desterritorializado y glocal, apto para unas nuevas dinámicas socio-urbanas características de las urbes postmetropolitanas, posfordistas y neoliberales. Con todo, estas nuevas condiciones de existencia urbana para la postmetrópolis implican unas prácticas biopolíticas nuevas que gestionan la vida de la población desde esa segmentación parcelada del poder privado-particular y no sólo desde un ente público. Hoy en día, en ese imbricamiento de lo público y lo privado en la producción real de nuevas tecnologías de gobierno urbano para la postmetrópolis contemporánea, es más fecunda trazar la discontinuidad que separa históricamente estas prácticas contemporáneas neoliberales de producción social de subjetividad presente en los comportamientos de los centros comerciales, con el diseño del arte de gobernar elaborado por las burguesías liberales europeas en el siglo XIX, cuya orientación y cuyos fines estaban asociados a espacios como la fábrica, la iglesia, la casa familiar y la tienda de barrio. Dos universos espaciales distintos, diferentes prácticas y tecnologías de gobierno y, en lo contemporáneo, la primacía de una tendencia que beneficia la privatización de la vida pública y el predominio de las rentabilidades económicas y de las formas múltiples de negocio postcapitalista en el desempeño del gobierno urbano.

Debemos revertir esta “tendencia” o “materialización” del gobierno urbano contemporáneo con base en los cimientos históricos de la democracia en Occidente. La ciudad no puede gobernarse fomentando y maquillando desigualdades sociales sino proponiéndola como lugar de la transformación contemporánea de las sociedades a

través de políticas educativas, económicas, culturales, ambientales y sociales que nos permitan aprender a vivir juntos como seres activos productores de nuevas formas de solidaridad y de singularidad. Es necesario, en esta situación contemporánea que hemos descrito, activar una inteligencia crítica en beneficio de propuestas de cambio y no una validación incesante de las formas vida actuales. Tenemos que actuar juntos para fundar la vida en la solidaridad activa y creativa y no en la rentabilidad consumista contemporánea. Las lógicas del gobierno urbano tienen un destino urgente en el fomento de subjetividades que busquen otros mundos posibles en los cuales la ciudad devenga el lugar de la promoción de experiencias sociales que le den fuerza a la vida singular y colectiva. El gobierno urbano actual no puede seguir promoviéndonos como masa que obedece y que consume sino como sociedad que se reinventa y que resignifica la política urbana en función de una ética de la vida, de la fuerza social y de la construcción espacial de la ciudad de todos.

## Referencias Bibliográficas

---

- Amendola, G. (2000), *La ciudad postmoderna*, Madrid: Celeste.
- Baudrillard, J. (2009), *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*, Madrid: Siglo XXI.
- Buck-Morss, S. (2001), *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes*, Madrid: Visor.
- Castro-Gómez, S. (2009), *Tejidos Oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910 – 1930)*, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Chambers, I. (1990), *Border Dialogues: Journeys in Postmodernity*, Londres: Routledge.
- Delgado, M. (2007), *Sociedades Movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*, Barcelona: Anagrama.
- Foucault, M. (1997), *Vigilar y castigar*, México, D.F.: Siglo XXI editores.
- \_\_\_\_\_ (2002), *Defender la sociedad*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (2006), *Seguridad, territorio, población*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

- \_\_\_\_\_ (2007), *Nacimiento de la biopolítica*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Frisby, D. (2007), *Los paisajes urbanos de la modernidad*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- García Vazquez, C. (2004). *Ciudad hojaldré. Visiones urbanas del siglo XXI*. Barcelona: Gustavo Gili.
- González Escobar, L. (2010), *Ciudad y arquitectura urbana en Colombia, 1980-2010*, Medellín: Universidad de Antioquia.
- Harvey, D. (1977), *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (2008), *La condición de la postmodernidad*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Jacobs, J. (2011), *Vida y muerte de las grandes ciudades*, Salamanca: Capitán Swing Libros.
- Lefebvre, H. (1969), *El derecho a la ciudad*, Madrid: Península.
- Montoya Gómez, J. (2000), *Paroxismos de las identidades, amnesia de las memorias: algunas pistas sobre las alteridades*, Medellín: Universidad Nacional.
- Mumford, L. (1966), *La ciudad en la historia*, Buenos Aires: Infinito.
- Muñoz, F. (2008), *Urbanización. Paisajes comunes, lugares globales*, Barcelona: Gustavo Gili.
- Roncayolo, M. (1988), *La ciudad*, Barcelona: Paidós.
- Serres, M. (1969), *Hermes I, la communication*, París: Les éditions de minuit.
- Soja, E. (2008), *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*, Madrid: Traficante de sueños.
- Soja, E. (1996), *Thirdspace: journeys to Los Angeles and other real-and-imagined places*, Oxford, Reino Unido y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.